

# la trampa de la inteligencia

Por qué la gente  
inteligente hace  
tonterías y cómo  
evitarlo

David Robson



## Índice

- Portada
- Sinopsis
- Portadilla
- Dedicatoria
- Introducción
- Parte I. Las desventajas de la inteligencia. Por qué el CI alto, la educación y la experiencia...
  - 1. Apogeo y decadencia de las «termitas»: ¿qué es y qué no es la inteligencia?
  - 2. Argumentos enrevesados: los peligros de la «disracionalidad»
  - 3. El maleficio del conocimiento: la belleza y fragilidad de la mente experta
- Parte II. Cómo evitar la trampa de la inteligencia. Instrumentos para el razonamiento y la toma...
  - 4. Álgebra moral: rumbo a la ciencia de la sabiduría basada en pruebas
  - 5. Tu brújula emocional: el poder de la autorreflexión
  - 6. Un kit de detección de estupideces: cómo identificar la desinformación
- Parte III. El arte de triunfar en el aprendizaje. La sabiduría basada en pruebas desarrolla la...
  - 7. Liebres y tortugas: por qué no aprenden las personas inteligentes
  - 8. Los beneficios de los alimentos amargos: la educación en Extremo Oriente y los tres...
- Parte IV. La insensatez y la sabiduría de la multitud. Cómo evitan la trampa de la inteligencia...
  - 9. Los ingredientes de un dream team: cómo crear un supergrupo
  - 10. La estupidez se extiende como el fuego: por qué se producen los desastres y cómo evitarlos
- Epílogo
- Apéndice. Taxonomía de la estupidez y la sabiduría
- Agradecimientos
- Créditos de las imágenes
- Notas
- Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

## SINOPSIS

Las personas inteligentes no sólo son tan propensas a cometer errores como todo el mundo, sino que son incluso más proclives a incurrir en ellos. Repleto de vanguardistas investigaciones, análisis casuísticos, divertidas historias y consejos prácticos, *La trampa de la inteligencia* explora los defectos inherentes a nuestra comprensión de la inteligencia y de la experiencia, mostrándonos cómo fracasan incluso las mentes más brillantes y las organizaciones más prestigiosas.

**DAVID ROBSON**

# **LA TRAMPA DE LA INTELIGENCIA**

Por qué la gente inteligente hace  
tonterías y cómo evitarlo

Traducción de Fernando Borrajo Castanedo

**PAIDÓS Contextos**

*A mis padres y a Robert*

## INTRODUCCIÓN

Si se adentra en los rincones más oscuros de internet, tal vez encuentre las opiniones de un hombre llamado Kary. Si damos crédito a lo que dice, parece que tiene una serie de ideas extraordinarias que podrían cambiar el orden internacional.<sup>1</sup>

Kary sospecha que fue abducido por un extraterrestre cerca del río Navarro, en California, tras encontrarse con un extraño ser que adoptaba la forma de un mapache resplandeciente con «ojos negros de mirada furtiva». Kary en realidad no recuerda qué sucedió «después de que aquel tunante» lo saludara «con educación»; del resto de la noche no recuerda nada. Pero tiene fundadas sospechas de que se trataba de vida extraterrestre. «En el valle hay muchos misterios», escribe de manera críptica.

Kary también es muy aficionado a la astrología. «La mayoría [de los científicos] tiene la falsa impresión de que la astrología es una pseudociencia a la que no merece la pena dedicar ningún estudio serio —despotrica Kary sin reparo—. Se equivocan por completo.» Él considera que la astrología es la clave para mejorar la salud mental y que quien no esté de acuerdo con ello es «porque piensa con el culo». Aparte de creer en ET y en los signos del Zodíaco, Kary también piensa que hacer viajes astrales es perfectamente posible.

Las cosas dan un giro más siniestro cuando Kary empieza a hablar de política. «La mayoría de las grandes verdades que los votantes han aceptado como ciertas tienen poca o ninguna base científica», afirma. Entre ellas se en-

cuentran «la creencia de que el SIDA lo causa el virus VIH» y «la creencia de que la emisión de clorofluorocarburos ha creado un agujero en la capa de ozono».

No hace falta decir que esas ideas son aceptadas prácticamente por todos los científicos, pero Kary les cuenta a sus lectores que a los expertos solo les interesa el dinero. «Apagad la televisión. Leed los libros de ciencias naturales que usabais en el colegio —les ruega—. Tenéis que saber qué están maquinando.»

Sobra decir, supongo, que Kary se equivoca.

La web está llena de opiniones infundadas, quién lo duda, pero nadie da por hecho que los astrólogos y los negacionistas del SIDA constituyan el sùmmum de la intelectualidad.

El nombre completo de Kary es Kary Mullis, y, lejos de ser el típico e ignorante teórico de las conspiraciones, es por el contrario un científico ganador del Premio Nobel, lo que lo sitúa a la altura de Marie Curie, Albert Einstein y Francis Crick.

Mullis recibió el Nobel de Química por descubrir la reacción en cadena de la polimerasa, una herramienta que permite a los científicos clonar el ADN en grandes cantidades. La idea se le ocurrió al parecer durante un momento de inspiración cuando se dirigía al condado de Mendocina, en California, y muchos de los grandes logros de las últimas décadas —incluido el Proyecto del Genoma Humano— se deben a esos instantes de auténtica genialidad. El descubrimiento es tan importante que algunos científicos dividen la investigación biológica en dos eras: antes y después de Mullis.

No hay duda de que Mullis, doctor en Bioquímica por la Universidad de California en Berkeley, es muy inteligente; su descubrimiento solo puede deberse a toda una vida dedicada al estudio de los complejíssimos procesos que tienen lugar en el interior de las células.

Pero ¿podría ser que la misma genialidad que permitió a Mullis hacer ese asombroso descubrimiento también explicase su creencia en los alienígenas y su negacionismo del SIDA? ¿Acaso su gran intelecto también lo volvió completamente estúpido?

Este libro versa sobre por qué las personas inteligentes se comportan de manera estúpida, y por qué en algunos casos son más propensas que el ciudadano medio a cometer errores. También gira en torno a las estrategias que utilizamos todos para evitar esos mismos errores: enseñanzas que nos ayudarán a pensar de manera más racional y sabia en este mundo de la posverdad.

No hace falta ser un premio Nobel para aplicarse el cuento. Aunque conoceremos las historias de personas como Mullis o Paul Frampton, un brillante médico a quien convencieron para que cruzase la frontera argentina con dos kilos de cocaína, y Arthur Conan Doyle, el insigne escritor a quien engañaron dos colegialas, también veremos que los mismos errores de pensamiento pueden hacer descarrilar a cualquier persona con una inteligencia superior a la media.

Al igual que muchas personas, yo antes creía que «inteligencia» era sinónimo de «buenas ideas». Desde el comienzo del siglo xx, los psicólogos cuantifican una gama relativamente pequeña de cualidades abstractas —la memoria objetiva, el razonamiento analógico y el vocabulario—, creyendo que reflejan la inteligencia general innata que se oculta tras el aprendizaje, la creatividad, la solución de problemas y la toma de decisiones. La educación tiene entonces la finalidad de desarrollar ese poder mental «ingénito», proporcionándonos un conocimiento más especializado del arte, las humanidades y las ciencias que también será fun-

damental para muchas profesiones. Cuanto más inteligente seas —según esos criterios—, tanto más perspicaz será tu ingenio.

Pero, cuando empecé a trabajar como periodista científico, especializándome en psicología y neurociencia, me di cuenta de que las últimas investigaciones revelaban graves problemas con respecto a esas suposiciones. La inteligencia general y la educación académica no solo no nos protegen de diversos errores cognitivos, sino que además las personas inteligentes son en ocasiones «más» proclives a pensar cosas absurdas.

Las personas cultas e inteligentes son menos propensas a aprender de sus errores, por ejemplo, o a dejarse aconsejar por otros. Y, cuando se equivocan, tienen más capacidad para elaborar complejos argumentos que justifiquen su razonamiento, lo que hace que sus opiniones sean cada vez más dogmáticas. Peor aún, parecen tener un «punto ciego» más prejuicioso, en el sentido de que son menos capaces de identificar los fallos de su lógica.

Intrigado por tales resultados, empecé a mirar más allá. Los expertos en dirección de empresas, por ejemplo, han examinado la forma en que las culturas empresariales pobres —encaminadas a aumentar la productividad— potencian la toma de decisiones irracionales en equipos deportivos, compañías y organizaciones gubernamentales. Como consecuencia de ello, es posible tener equipos formados en su totalidad por personas increíblemente inteligentes que sin embargo toman decisiones increíblemente absurdas.

Las consecuencias son graves, porque esos desaciertos influyen a veces en la salud, el bienestar y el éxito profesional de las personas. En nuestros tribunales, esas equivocaciones están produciendo graves errores judiciales. En los hospitales, son la causa del 15 % de los diagnósticos erróneos, razón por la cual mueren más pacientes por culpa de

esos errores que por enfermedades como el cáncer de mama. En el mundo de los negocios, conducen a la bancarrota y la ruina.<sup>2</sup>

La inmensa mayoría de esos errores no son atribuibles a la falta de experiencia o de conocimientos; antes bien, parecen surgir de los viciados hábitos mentales que caracterizan el exceso de inteligencia, formación y especialización. Torpezas similares hacen que las naves espaciales se estrelen, que los mercados de valores se desmoronen y que los líderes mundiales hagan caso omiso de amenazas globales como el cambio climático.

Aunque parezcan no tener ninguna relación entre sí, tras todos esos fenómenos se esconden algunos procesos comunes; se trata de una pauta a la que denominaré «la trampa de la inteligencia».<sup>3</sup>

Tal vez la mejor analogía sea un coche. Un motor más rápido quizá nos lleve a cualquier sitio en menos tiempo, siempre y cuando sepamos utilizarlo correctamente. Pero el simple hecho de tener más potencia no garantiza que llegaremos a nuestro destino sanos y salvos. Sin el conocimiento necesario y los componentes adecuados —los frenos, el volante, el indicador de velocidad, una brújula y un buen mapa—, un motor potente puede tenernos girando en círculos o hacer que vayamos en la dirección contraria. Y, cuanto más rápido sea el motor, más peligrosos seremos.

Exactamente del mismo modo, la inteligencia puede ayudarnos a aprender y recordar hechos, así como a procesar con rapidez información compleja, pero también necesitamos los controles y contrapesos necesarios para aplicar ese poder mental adecuadamente. Sin ellos, la superioridad intelectual puede hacer que nuestro pensamiento sea más sesgado.

Por suerte, aparte de describir la trampa de la inteligencia, recientes investigaciones psicológicas han empezado a identificar también las cualidades mentales adicionales

que nos sirven de guía. A modo de ejemplo, fíjese en la siguiente pregunta, engañosamente superficial:

Jack está mirando a Anne, pero Anne está mirando a George. Jack está casado, pero George no. ¿Se trata de una persona casada que está mirando a una persona soltera?

¿Sí, no, o no se puede determinar?

La respuesta correcta es «sí», pero la inmensa mayoría de la gente dice que «no se puede determinar».

No se desanime si al principio no comprende el ejemplo. Muchos estudiantes de la Ivy League se equivocaron, y, cuando publiqué este test en la revista *New Scientist*, recibimos muchísimas cartas afirmando que la respuesta estaba equivocada. (Si aún no consigue entender la lógica del problema, haga un esquema mientras busca la solución.)

El test cuantifica una característica conocida como reflexión cognitiva, que es la tendencia a poner en duda nuestras propias intuiciones y suposiciones, y las personas que sacan una mala puntuación en esta prueba son más propensas a las teorías conspiratorias mistificadas, a la desinformación y a las noticias falsas. (Analizaremos esta cuestión más a fondo en el capítulo 6.)

Además de la reflexión cognitiva, hay otras características que nos protegen de la trampa de la inteligencia, como son la humildad intelectual, el pensamiento activamente abierto, la curiosidad, la conciencia emocional refinada y la mentalidad de crecimiento. Juntas, esas cualidades evitan que la mente se desvíe del buen camino e impiden que el pensamiento se precipite por un barranco.

Esas investigaciones han dado lugar a una nueva disciplina: el estudio de la «sabiduría basada en pruebas». Visto hasta hace poco con escepticismo por parte de algunos científicos, este método ha florecido durante los últimos años y ha elaborado nuevos test de razonamiento que predicen las decisiones de la vida real mejor que la medición

clásica de la inteligencia general. Hoy en día presenciamos incluso la fundación de nuevas instituciones que promueven dichos estudios, como por ejemplo el Centro para la Sabiduría Práctica, que se inauguró en junio de 2016 en la Universidad de Chicago.

Si bien los test académicos tradicionales no miden ninguna de esas cualidades, no es necesario renunciar a las ventajas de contar con una gran inteligencia general para cultivar esos otros modos de pensamiento y estrategias de raciocinio, que simplemente sirven para aplicar la inteligencia con más criterio. Y esas cualidades, en contraste con la inteligencia, pueden ejercitarse. Con independencia de cuál sea tu CI, puedes aprender a pensar con más sensatez.

Esta ciencia de vanguardia tiene una larga trayectoria filosófica. Uno de los primeros análisis de la trampa de la inteligencia lo encontramos en el juicio de Sócrates, que se celebró en el año 399 a. C.

Según el relato de Platón, quienes acusaban a Sócrates alegaban que este había corrompido a la juventud ateniense inculcándole ideas «impías». Sócrates negó las acusaciones, y explicó la causa de su fama de sabio y el origen de la envidia que se ocultaba tras esas imputaciones.

Todo comenzó, dijo, cuando el oráculo de Delfos sentenció que no había en Atenas nadie más sabio que Sócrates. «¿Qué quería decir la sacerdotisa? Es un enigma: ¿qué significará? —se preguntaba Sócrates—. No tengo conciencia de ser sabio, ni mucho ni poco.»

La solución de Sócrates consistió en deambular por la ciudad, buscando a los políticos, poetas y artesanos más respetados para demostrar que el oráculo se equivocaba, pero a cada paso se llevaba una desilusión. «Puesto que eran muy duchos en la práctica de sus respectivas artes, ca-

da uno de ellos afirmaba ser también el más sabio en otras cuestiones, y ese error parecía oscurecer la sabiduría que sí poseían...»

«Los más famosos —añadió—, me parecían en realidad los más imperfectos, en tanto que aquellos supuestamente inferiores daban la impresión de tener más juicio.»

Su conclusión es en cierto modo una paradoja: era sabio precisamente porque aceptaba los límites de su propio conocimiento. El jurado, no obstante, lo consideró culpable, condenándolo a pena de muerte.<sup>4</sup>

Los paralelismos con las recientes investigaciones científicas son sorprendentes. Sustituya a los políticos, poetas y artesanos de Sócrates por los ingenieros, banqueros y médicos de la actualidad, y verá que su juicio refleja casi a la perfección los puntos ciegos que los psicólogos están empezando a descubrir. (Y, al igual que a quienes acusaron a Sócrates, a muchos expertos modernos no les gusta que nadie airee sus errores.)

Pero, prescientes como son, las descripciones de Sócrates no hacen justicia a los nuevos descubrimientos. Al fin y al cabo, ningún investigador negaría que la inteligencia y la educación son esenciales para pensar con corrección. El problema reside en que no usamos adecuadamente la capacidad intelectual.

Por esa razón Descartes es quien más se aproxima a la idea moderna de la trampa intelectual. «No basta, en efecto, tener el ingenio bueno; lo principal es aplicarlo bien», escribió en el *Discurso del método* (1637). «Las almas más grandes son capaces tanto de los mayores vicios como de las mayores virtudes; y los que andan muy despacio pueden llegar mucho más lejos, si van siempre por el camino recto, que los que corren, pero se apartan de él.»<sup>5</sup>

Los últimos descubrimientos científicos nos permiten ir mucho más allá de esas reflexiones filosóficas, gracias a concluyentes experimentos que demuestran las razones